

siano valiéndose de otra política más en armonía con su siglo. El rey resolvió sin embargo una grande dificultad al presentarse valientemente en Hannover. Este nuevo Estado le es muy contrario, y su antiguo rey no cesa un punto en continuar sus maquinaciones contra la obra de Prusia. La recepción no fué muy brillante y el rey confesó que hay sentimientos muy respetables, cuya manifestación ha visto y cuya intensidad considera; pero que es necesario reprimirlos, templarlos, convirtiendo el pensamiento á considerar y el corazón á amar la gran patria.

Pero de este crecimiento era cómplice, primer cómplice Napoleón, que había imaginado sacar ventajas enormes de la transformación súbita de Alemania. Diga lo que quiera hoy Mr. Rohuer, el Emperador Napoleón miró siempre de muy buen ojo la empresa prusiana, sin prever los resultados de esa empresa, ni presentir los graves obstáculos que debía suscitarle en el interior, ni los puntos negros que debía sembrar en el dosel de su trono. Las entrevistas en Biarritz con Bismark prepararon esa inmensa catástrofe de Austria que el hábil ministro presentaba como una continuación de la política francesa en Italia, como una nueva batalla de Solferino ganada por Francia. El Emperador Napoleón dijo en los críticos momentos de preparación de la guerra, que Prusia estaba muy mal limitada, y que tenía derecho á procurarse mejores y más seguros confines. El príncipe Napoleón fué enviado por el Emperador su primo á Italia para concluir la alianza con Prusia que debía ser la sentencia

de muerte arrojada sobre el Austria. A pesar de las denegaciones de Rohuer, Ollivier, amigo íntimo del príncipe, sostuvo esto con una grande é incontestable insistencia en el Cuerpo Legislativo, siendo su afirmación la definitiva y la última. Pues bien; Bismark contaba lo que sigue, de que todo el mundo hablaba y que nadie se atrevía, sin embargo, á publicar en Francia. Iban ya á encontrarse frente á frente austriacos y prusianos. Bismark le escribe á Goltz, su embajador en París, á fin de que escudriñe las intenciones del gobierno francés y le diga que necesitaba anexionarse después de la victoria, por lo ménos cuatrocientos mil alemanes. Todavía la diplomacia moderna cuenta los pueblos como los propietarios las cabezas de ganado. Goltz se presentó con esta notificación al entonces ministro de Negocios extranjeros, Mr. Drouyn de Lhuys. Este le dice: Prusia no debe acrecentarse ni con un hombre ni con una pulgada de terreno sin suscitar justas desconfianzas en Francia, sin merecer tal vez una amenazadora protesta. Goltz comunica la respuesta á Bismark. Este por toda contestación le telegrafía: «Ved al Emperador.» Goltz se presenta al Emperador y le dice lo mismo que había dicho al ministro: «¿Cuatrocientos mil hombres? responde, eso es poco, que tome ocho millones, que vaya hasta el Mein.»

Y por un resultado en el cual había tenido la primera parte Napoleón, iba á desatar sobre Europa la guerra. ¡Qué perversos, Dios mío, són siempre los tiranos!

## CAPITULO LXXVI.

### DE LA INCOMPATIBILIDAD ABSOLUTA ENTRE LA LIBERTAD Y EL CESARISMO.

Cuando el Imperio romano concluía, y los bárbaros se acercaban, los últimos emperadores solían gritar: libertad, libertad. Pero el pueblo romano, embrutecido por cinco siglos de servidumbre, falto de conciencia, olvidado en su abyección de la grandeza de sus instituciones antiguas, de la majestad de sus leyes, de la sombra de sus tribunales; sin ver ni á Bruto ni á Casio pasearse sobre las ruinas de la República en busca de venganza, ni á Catón morir sobre los altares de la patria, apenas comprendía el sentido de esa palabra, por la cual han peleado los héroes, y han muerto los mártires; y cambiaba de dueños con estúpida indiferencia.

Pero si el Cesarismo antiguo consiguió extirpar la idea de libertad en el pueblo romano, el moderno Cesarismo no lo consiguió en el pueblo francés. Todos conservaban vivo el recuerdo de la República, y viva también la idea de la libertad. Pero por lo mismo que conservaban idea y recuerdo, no querían nada con el César. Éste, después de haber hecho de la libertad su víctima, cuando la veía er-

guirse, levantarse, trataba de convertir la libertad en su manceba. Y la libertad no quería ceder, casta esposa del espíritu humano, á las caricias del que un día creyó posible perderla y deshonrarla, entregándola maniatada á las infames brutalidades de sus pretorianos. El emperador, que había abusado de la idea de orden y de autoridad, cuando la opinión pública estaba cansada de los excesos revolucionarios, abusaba también de la idea de libertad, cuando la opinión pública se volvía unánime hácia la realización práctica de la democracia, hácia la victoria del derecho.

Habíase convencido de que la inmovilidad era peligrosa para su Imperio y renunciaba á la inmovilidad. Desde el 19 de Enero de 1867 se proponía rematar el edificio levantado el día 2 de Diciembre sobre la disolución de la Asamblea y la ruina de la República. El emperador confesaba que este edificio sólo podía tener una base, la voluntad nacional; y sólo podía tener una cúspide, la libertad. Bien es verdad que después

de tan explícito reconocimiento suprimía la contestación al discurso de la corona, ó sea el mensaje que en todas las legislaturas se dirigía al Imperio. Pero en cambio concedía el derecho de interpelación, lo cual daba cierto tinte de iniciativa al diputado; y consentía la presencia de todos los ministros en las Cámaras, lo cual daba cierto tinte de responsabilidad al gobierno. A estas concesiones se unieron dos promesas: la promesa de una ley de imprenta que acabara con la arbitrariedad administrativa, y la promesa de otra ley importantísima que reglamentara el derecho de reunión. El emperador se gloriaba de haber conseguido que después de quince años de paz y de prosperidad pudieran coexistir el poder y la libertad en Francia.

Debo decir cómo recibió la opinión estas manifestaciones de la política imperial. Noté con dolor en el pueblo francés cierta indiferencia por la política. Fuera que hubiese ensayado todas las formas de gobierno y en ninguna sentido bien; ó fuera que, olvidara en este largo régimen de silencio el hábito de las cosas públicas; atribuyese el fenómeno á lo que se quiera, no por eso era ménos indudable su existencia: Francia parecía haber perdido aquella actividad política, en otro tiempo su timbre y su gloria. Así es que en los círculos generales, en el teatro, en el café, donde nosotros, los hombres del Mediodía, aun bajo los gobiernos más fuertes, tenemos las expansiones de nuestro corazón y de nuestra conciencia, el francés tenía cierto recogimiento y reserva que se aviene mal con su carácter oratorio y ateniense.

La opinión de los que se agitaban á la sazón en la superficie de la política, era varia. Había los hombres del partido republicano, que conservaban la tradición de las ideas democráticas y que nada querían del Imperio. Como no habían aceptado los jefes de esta fracción una amnistía del emperador, no aceptaban los soldados ni un derecho del Imperio. Había otros republicanos, ó más

dúctiles ó más prácticos, que creían imposible todo su ideal, visto el estado de Francia, pero que creían posible mayor libertad de la actual, visto cierto despertamiento que suponían haber en la opinión pública. Aquí concluyen las fracciones enemigas del Imperio desde el punto de vista liberal. Desde el punto de vista monárquico había dos fracciones: la clerical y la orleanista, que tampoco miraban de buen ojo las reformas imperiales, y que tampoco eran dinásticas. La fracción clerical creía que en las reformas napoleónicas habíase dado un paso más hácia la política revolucionaria inaugurada sobre los campos de batalla de Italia. Inútil decir que las condenaban y las execraban. La fracción orleanista pensaba que no valía la pena de haber hecho una revolución y de haber dado un golpe de estado; de haber arriesgado las batallas interiores y exteriores arriesgadas por Francia, desde la caída de Luis Felipe, para llegar á una media restauración, y eso tímida, del régimen de Luis Felipe. En cambio, dentro del campo de los dinásticos había tres opiniones: unos que creían necesaria la unión del Imperio con la libertad. Esta opinión tenía por representante en la familia imperial á Gerónimo Napoleón, en el Parlamento á Emilio Ollivier, en la prensa á Emilio Girardin. Había otros que creían imposible y dañosa toda unión del régimen imperial con la libertad. Esta opinión era quizá la opinión de la mayoría del Senado y del Cuerpo Legislativo. Pero existían otros que creían compatible el Imperio con una libertad prudente, mesurada, contenida dentro de ciertos límites arbitrarios, ponderada por la mano del poder. De esta opinión era quizá la totalidad del ministerio entonces gobernante.

El asunto de todas las conversaciones en Francia era la manera con que se cumplirían las promesas imperiales. Para mí que amo la libertad sobre todo, para mí era muy sencillo el cumplimiento de estas promesas. El emperador cumple su palabra con un decreto

de cuatro líneas que diga: Artículo primero. Se suprime toda legislación sobre imprenta. Artículo segundo. Todos los ciudadanos podrán reunirse libremente para tratar los asuntos públicos, ó los de su interés privado, sin más formalidad que pasar un aviso previo al Mair de su distrito, para que cuide, si lo cree necesario, de la conservación del orden público. ¡Ah! La libertad es tan sublime por su fecundidad como por su sencillez. Pero me dicen que para esto hay un grave inconveniente, y es que el Emperador ha dispuesto ya sujetar la prensa al régimen correccional, y entonces me callo. Me dicen también que Francia es un país tan poco dispuesto para la democracia, que no puede usar de la libertad sin abuso, y lo lamento, porque la libertad de Francia es la libertad del mundo. Pero persisto y persistiré siempre en una opinión, nacida del fondo de mi conciencia, confirmada por una larga enseñanza, cada día más viva en mi entendimiento, cada día más fuerte en mi corazón, y es que nada hay tan difícil como la libertad á medias, ni nada tan fácil, nada tan sencillo, nada tan saludable como la libertad entera. Bien es verdad que, siendo la libertad el mayor bien de la vida, no se puede admitir como un regalo; hay que considerarla siempre como una conquista. Todos los bienes verdaderos de la vida son fruto del trabajo. ¿Cómo no había de serlo el primero de todos, que es la libertad?

Era sofisticado el régimen que se daba á la prensa. Se renunciaba á la previa autorización, condición indispensable antes para fundar periódicos. Se penaba á los escritores con fuertes multas. En caso de insolvencia se les condenaba á redimir la pena pecuniaria con una pena afflictiva. La facultad de suprimir periódicos quedaba completamente abolida.

Después de estas medidas, el Emperador tuvo una larga conferencia con Emilio Ollivier. En esta conferencia le ofreció una cartera para que le prestase su apoyo en la obra que intentaba. Emilio Ollivier, aspirando á

fundar situación por sí, renunció á formar parte de ningún ministerio. La mayoría del Cuerpo Legislativo no se mostraba muy propicia á las reformas imperiales. De suerte, que mientras en el fondo de la sociedad reinaba una gran calma, en la superficie se agitaba un grande oleaje. Os contaré un hecho que me parece como la simbólica de toda esta historia y que acusa la imperial incertidumbre. Se había mandado restaurar la tribuna francesa, aquella antigua tribuna en la cual se acumuló tanta electricidad revolucionaria y ardió por tanto tiempo la luz más viva del pensamiento humano. Cuando los obreros pusieron mano en su obra, vino una orden de suspender el trabajo. Y se colocó una tribuna raquítica donde apenas podía moverse un orador á su arbitrio. Y á los pocos días se restauró la verdadera tribuna, aquella que iluminó y abrasó al mundo.

En las provincias reinaba grande agitación. Por todas partes se apercibían las plumas y las lenguas encadenadas á ejercer sus derechos; y hasta el movimiento de la opinión tomaba cierto aspecto revolucionario, parecido al sacudir de un volcán. Dos particularidades graves se revelaban en el conjunto de estos hechos. La primera una descentralización política á la cual nos tenía desde hace tiempo desacostumbrados el país de la unidad y de la centralización. La segunda era más grave todavía y más trascendental. No había señal de movimiento en que no se invocase la República y se cantara la Marsellesa, el himno de la emancipación popular. El Emperador Napoleón creía detener este movimiento recordando los títulos de su dinastía á la gratitud de Francia, en folleto recientemente arreglado, si no por su pluma, por sus tijeras. Yo no quiero ser injusto. Reconozco la grandeza material del primer Imperio, y reconozco el genio extraordinario del fundador de la dinastía. Concedo que hay otras tantas páginas de una grande epopeya en sus victorias. Pero digo también que Francia las ha pagado